

Católicos y Evangélicos en un país secularizado. A propósito de una estadística

A mitad de camino entre el censo 2002 y el censo 2012, ¿dónde andan las cifras de evangélicos en Chile? El aumento entre 1992 y 2002 fue notorio, y generó un ambiente de optimismo llamativo, tanto así que algunos aparecieron afirmando que las cifras del censo se quedaban chicas. Parecía, en efecto, notarse la siguiente tendencia: Chile era cada vez más una sociedad secularizada moderna; eso parecía significar una disminución del catolicismo, al que muchos veían así condenado a desaparecer por incapacidad de adaptarse a la nueva situación, mientras que las iglesias evangélicas crecían incluso en medio de esa adversidad. ¿Qué conclusiones se sacaba de ahí? Muchos pensaron que se podía seguir mirando al catolicismo como el principal adversario de las iglesias evangélicas, viendo, en cambio, la secularización como algo que no nos afecta: el país se vuelve tal vez más malo, pero más personas se convierten bajo esa situación, la iglesia evangélica sólo crece. ¿Es sostenible hoy esta interpretación?

Hay, al menos, nuevos datos estadísticos a tomar en consideración. La Tercera del 30 de marzo incluye referencia a un estudio que pasó sin pena ni gloria, sin recibir comentario alguno del mundo evangélico. Tal vez eso sea muestra de una adecuada prudencia. Después de todo, se trata de una encuesta del Instituto Nacional de la Juventud, lo cual no es lo mismo, ni mucho menos, que un estudio proveniente del Instituto Nacional de Estadísticas. Pero de cualquier modo, aunque se dude de la precisión de este estudio, no carece de toda base. Y la tendencia que indica es que sigue decreciendo la cantidad de católicos en la juventud chilena... pero la de evangélicos también: de 16,1% a 13,8% entre 1994 y 2007. Es sólo el ítem "sin religión" el que crece en dicho período, a costa tanto de católicos como evangélicos. Esto debería, francamente, remecer a cualquiera. Porque hasta ahora no había habido, en la historia de Chile, una encuesta que mostrara un descenso de la población evangélica, aunque se trate de sólo un grupo generacional. Y antes de montar en cólera contra la encuesta, conviene preguntarnos si el fenómeno no nos resulta acaso familiar: una generación atrás era común conocer casi sólo el caso de gente que pasaba de no ser evangélica a serlo; hoy ya es común que a muchos nos haya tocado presenciar además en alguien el proceso inverso. ¿Qué conclusión sacar de datos semejantes? ¿Qué hacer al respecto?

En primer lugar, no está demás considerar que esto debiera constituir una seria advertencia para aquellos evangélicos que sólo buscan distinguirse del mundo católico, y que sólo saben exponer nuestra fe por contraste con el catolicismo, o que sólo buscan tomar posición en temas de carácter público de modo distinto a la Iglesia Católica. Quienes actúan así están dando una batalla fácil (pues cualquier se puede dar hoy el lujo de decir alguna liviandad sobre el catolicismo), pero que seguramente socavará en parte las bases de la propia posición evangélica. Ya no es así que se pueda dar tranquilamente cuerda al secularismo suponiendo que serán otros los afectados. Hay que tener esto muy claro: en creciente medida los problemas que afectan al catolicismo nos afectarán también a nosotros. Hasta ahora ha habido un elemento que impedía que eso se notara en las estadísticas: el hecho de que las iglesias evangélicas, en muchísimos sentidos, son menos tradicionales que el catolicismo; esto es, el hecho de que podían ser vistas como más atractivas, menos amarradas a formalidades, más vivas, etc. Y desde luego, en gran medida esto puede ser visto como un rasgo positivo, que refleja un grado

alto de fe viva y compromiso en los creyentes evangélicos. Pero un segundo elemento de la encuesta que comentamos nos deberá llevar a buscar otros puntos fuertes, aparte de éste.

Pues la estadística incluye referencia a un dato más, muy relevante para las conclusiones que saquemos: la baja de personas que adhieren a alguna fe muestra una relación acentuada con el grado de educación alcanzado, mucho más que con el nivel socioeconómico alcanzado: así, por ejemplo, se declara “sin religión” el 31,9% del nivel socioeconómico C2, y el 33,5% del ABC1, cifras altas, en ambos casos, pero la diferencia entre una y otra no es ni siquiera de dos puntos porcentuales; en cambio, si se atiende a la educación alcanzada, los sin religión aumentan entre el nivel educativo de técnico superior a universitario en casi nueve puntos porcentuales: de 26,9% a 34,5%. ¡Nueve puntos porcentuales! Si el estudio que comentamos es confiable, significa que en la pérdida de fe está desempeñando un papel mucho más decisivo - ¡cinco veces superior!- el grado de educación que se alcanza que el nivel de ingresos percibidos. Hoy una parte significativa del mundo evangélico accede a la educación superior, cosa que antes no ocurría: ¿contribuiremos con ello a nutrir en el largo plazo la cifra de los “sin religión”? Es de esperar que no. Pero para evitarlo no se puede esperar que la juventud evangélica acceda menos a la educación superior. Ni es solución alguna el pensar en universidades evangélicas como ghettos en los que nuestra juventud esté a salvo. Lo que sí hay que hacer, es pensar en que nuestras iglesias deberán comenzar a distinguirse no sólo por ser poco tradicionales, sino que se deberá cultivar también otras fortalezas. En concreto, habrá que estar más presentes precisamente en el mundo del estudio. Y no como corriente antiintelectual, sino mostrando que el uso de la razón no nos saca, sino que nos lleva al cristianismo. En muchos países ya ha ocurrido que los cristianos evangélicos forman una parte respetable de la comunidad académica, no a pesar de su fe, sino precisamente a causa de su fe, dejando que ella desempeñe un papel importante en guiar su trabajo intelectual. En nuestro país, en cambio, es verdad que hoy un número mucho mayor de evangélicos accede a la educación superior que una generación atrás; pero eso sólo ha tenido hasta ahora un efecto sobre la movilidad social de quienes han tenido este privilegio. No ha tenido aún un efecto sobre la vida académica misma.

Influir sobre el rumbo de Chile es algo que, sin duda, muchos evangélicos desean. Pero es curioso que eso sea interpretado predominantemente en términos políticos, como si el primer y más fundamental paso fuera tener parlamentarios de nuestras iglesias. La secularización no avanzó así: avanzó entrando primero en la mente de las personas, modelando las disciplinas del saber, difundiéndose por las comunicaciones y las artes, etc. Su éxito político le ha sido, tras esa preparación, tarea fácil. También sería más fácil para el cristianismo influir sobre el rumbo de Chile, sobre el rumbo final de la vida de los chilenos, si siguiéramos este orden. ¿Se reflejaría eso también positivamente en el crecimiento de las iglesias? No lo podemos saber. Tal vez inmediatamente no: una sociedad poco seria no se sentirá tal vez muy tentada a seguir una fe seria. Y sin embargo una fe seria sigue siendo la mejor apuesta a largo plazo: así, cuando aburridos de la vanidad nuestros conciudadanos quieran algo serio a lo cual volver, ese algo serio seguirá existiendo.